

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

ENRIQUE GARCÍA REVILLA

EL ANILLO DEL NIBELUNGO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2026

© Enrique García Revilla, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6543-6

Impreso por Gómez Aparicio, S.L.

Depósito legal: B 4457-2026

Impreso en España

*A los buenos profesores que
priorizan el valor imperecedero del
conocimiento frente a las leyes
efímeras de educación.*

DRAMATIS PERSONAE

Dioses e inmortales

ERDA: diosa primigenia de la tierra. Wotan la denomina Wala, la mujer sabia. Anterior a la generación de Wotan. Diosa de la sabiduría. Madre de Brunilde.

NORNAS: las tres hijas de Erda. Tejen en sus tapices los hechos presentes, pretéritos y futuros del mundo.

WOTAN: rey de los dioses. Padre de la estirpe de los Welsungos: Siegmund y Sieglinde. Abuelo de Siegfried. Padre de las nueve valquirias. De manera previa al argumento, el lector debe conocer el dato de que quiso beber del manantial que otorgaba la sabiduría, pero para ello tuvo que dejar en prenda uno de sus ojos. Dicho manantial se hallaba junto a las raíces del gran fresno del mundo. Una vez hubo bebido y se vio tuerto, arrancó una rama del fresno para hacerse su lanza-cayado. El árbol así herido enfermó y murió. Como consecuencia, también la fuente se secó.

LOGE: semidiós del fuego, de los engaños y de la astucia.

FRICKA: esposa de Wotan. Celosa diosa del matrimonio. Hermana de Freia, Donner y Froh.

FREIA: joven y hermosa diosa de la juventud. Hermana de Fricka, Donner y Froh.

DONNER: dios del trueno y de las condiciones atmosféricas adversas. Hermano de Fricka, Freia y Froh.

FROH: dios que manda sobre el buen tiempo atmosférico y el arcoíris. Hermano de Fricka, Freia y Donner.

VALQUIRIAS: nueve hijas de Wotan. Transportan a los guerreros muertos en combate al Valhalla.

BRUNILDE: la valquiria predilecta de Wotan. Es la única que es hija de Erda. Su nombre original es Brünhilde. Todos los personajes de la novela conservan sus nombres originales excepto ella. El autor ha decidido simplificar la grafía del original con el fin de facilitar la lectura.

WALTRAUTE: una de las valquirias. Tiene su cometido individual en la tetralogía al margen de sus hermanas.

ONDINAS: Woglinde, Wellgunde y Flosshilde. Hijas del Rin. Custodias del oro del Rin.

Nibelungos

ALBERICH: nibelungo, herrero de las profundidades. Hermano de Mime. Es el único personaje de la tetralogía que aparece en los cuatro dramas.

MIME: hermano de Alberich.

Gigantes

FASOLT y FAFNER: hermanos. Fafner aparecerá en *Siegfried* con la apariencia de un dragón.

Humanos

SIEGMUND: hijo humano de Wotan. Éste, bajo la denominación de *Wälse*, crea la estirpe de los Welsingos, a la que pertenecen Siegmund y Sieglinde, hermanos gemelos y esposos. Padre de Siegfried.

SIEGLINDE: hija humana de Wotan. Hermana gemela de Siegmund. Madre de Siegfried.

SIEGFRIED: hijo de Siegmund y Sieglinde. Nieto de Wotan. Esposo de Brunilde.

HUNDING: primer esposo de Sieglinde.

GUNTHER: rey, hijo y heredero de Gibich y Grimilde. Hermano de Gutrune. Hermano de madre de Hagen.

HAGEN: hijo del nibelungo Alberich y Grimilde. Hermano de madre de Gunther y Gutrune.

GUTRUNE: hermana de Gunther. Hermana de madre de Hagen.

Animales

EL PÁJARO DEL BOSQUE: ave que habla con su canto a Siegfried.

EXORDIO

Canta, oh, diosa, de Wotan la codicia y de Siegfried la gesta.

Así habló Erda, la madre primigenia, la tierra, que vive desde siempre, antes incluso que los dioses:

–Escuchad, oh, hijas, el canto de la vida, de lo que ha sido, de lo que es y de lo que será.

»De la codicia de Wotan, el poderoso, cuyo arrogante ademán provocó el ocaso de la estirpe de los dioses.

»De la hazaña de Siegfried, el que no conoció el miedo y murió cegado por el engaño de artes siniestras.

»Acudid y escuchad por encima de todo el poema al heroísmo de vuestra hermana Brunilde, la valquiria amada, para que, cuando los hilos de vuestros tapices se hayan tensado con los hechos pretéritos y los del porvenir, su acto de amor supremo sea juzgado como el amanecer de una nueva era: la era en la que la crueldad y la ambición cedieron paso al poder redentor de la virtud y de la abnegación.

* * *

Erda lo sabe todo. Conoce el mundo, a los habitantes de cada raza y cuanto aún no ha ocurrido. De sus ojos, tan fuertemente llorando, brotó con la primera luz una lágrima de oro que la tierra absorbió con avidez. Aquel líquido fertilizó el continente y dio lugar al curso de agua que se conoce como río Rin.

1

PRÓLOGO

EL ORO DEL RIN

¡Corre y ríe, río rumoroso, raudo Rin! ¡Ruge! ¡Ruge, Rin!

ALBERICH

Alberich, el aborrecible. Ése soy.

No tengo inconveniente en mostrar que los de mi propia estirpe estamos lejos de haber construido un abolengo cuyo nombre imponga respeto a otros pobladores del mundo. Adondequiera que vamos los nibelungos somos despreciados. Sí, despreciados, y a buen seguro despreciables también. ¡Exactamente lo mismo que todos los demás, incluidos los dioses!

Mi nombre es Alberich, a secas. Nadie, ni siquiera yo, necesita conocer quién fue mi padre. Soy el aborrecible Alberich.

Pertenezco a la raza de enanos creados para forjar con recios brazos los metales que extraemos de nuestro reino, el Nibelheim, en las profundidades de la tierra. No podría afirmar que nuestra existencia fuese despreocupada, ni mucho menos feliz, pero teníamos nuestro cometido y subsistíamos

con las ganancias que nos procuraba la venta de nuestra mercancía. Precisamente, mi narración comienza con el porte de bronce y hierro a unos gigantes, Fafner y Fasolt.

Eran éstos unos seres colosales, tan innobles o más que los nibelungos. Lo mejor que puede decirse de ellos es que no se encuentran ya en el mundo de los vivos. Su linaje es más antiguo aún que el de los propios dioses y, con certeza, también los superan en avaricia.

Muchas lunas atrás, debíamos mi hermano Mime y yo transportar una pesadísima partida de metal hasta lo alto de una montaña en la que los gigantes trabajaban en un encargo de Wotan, el rey de los dioses. Mime, que siempre ha sido un holgazán, recibía los rayos de sol tumbado sobre la hierba.

—¡Deja de hacer ruido con esa carga! —me gritó, conminativo.

—Estás loco —contesté—. La carga reposa en el suelo y no la he tocado. Se ve que el fragor de la forja te ha trastornado, pues nada ha roto este silencio desde hace un buen rato.

—Ese maldito yunque no sólo me barrena los tímpanos en el Nibelheim, sino que me atormenta incluso en las escasas horas de calma que me son dadas. ¿No oyes esos trinos, Alberich? ¿Esos dulces silbos de las avecillas? De placeres como éste no se goza todos los días.

Acostumbraba mi hermano a mostrar una morbosa propensión hacia nimiedades que nunca me atrajeron lo más mínimo, como la belleza artística y la del mundo exterior, con sus pájaros, sus flores, el cielo y la lluvia limpia. Poco me importan estas cosas, como tampoco echo de menos la comodidad de un hogar. Para mí, el Nibelheim es el lugar en el que habito, sin más, y en el que me encuentro protegido de cuantas cosas me importunan, que son casi todas.

—¡La única ave buena es la que está en la cazuela! —protesté, y me incliné en la orilla del río para beber.

Y lo hice, sí, pero allí tendido tuvo lugar el punto de inflexión en mi existencia que me condujo a la perdición. A cierta profundidad bajo mis ojos creí distinguir un tipo de forma orgánica. Permanecí impasible un tiempo indeterminado, tanto como para que Mime se incorporase a mirarme escamado.

–¡Por los dioses que ese silencio tuyo me resultaba más que extraño, hasta el punto de que pensé que te habías ahogado en el Rin! ¡Ja, ja, ja! –rio estrepitosamente–. ¡Y resulta que te has embobado mirando tu reflejo! ¡Ja, ja, ja! ¿Acaso te enteras ahora de lo fea que es tu cara? ¡Ja, ja, ja!

Oí e incluso escuché sus palabras, pero no les otorgué un ápice de importancia. Definitivamente había visto algo. En aquel momento no podía asegurar qué fue aquello. Tal vez unas piernas huidizas, o una larga cabellera ondulante...

–¡En pie, hermoso diosecillo! –exclamó Mime en un momento determinado–. Debemos comenzar el ascenso a la montaña o no regresaremos con luz. Y no me gusta la oscuridad de la superficie: resulta desconocida y siempre sospechosa.

Ajusté a mis espaldas el arnés con el que tiraba de la pesada carga de metal y ambos reemprendimos nuestro camino, esta vez ya cuesta arriba.

Dejamos atrás bosques, praderas y collados hasta alcanzar una altitud que impedía el crecimiento de vegetación. En mi cabeza flotaba la imagen, adornada por mi propia fantasía, de lo que fuera que atisbé bajo la superficie del Rin. Varias horas más tarde, alcanzamos el pie del promontorio rocoso que corona la montaña. En la cima trabajaban a mano desnuda los gigantes Fafner y Fasolt en una imponente construcción arquitectónica. Recuerdo cuán impresionado contemplaba mi hermano la cúpula a medio terminar, reluciente al sol como si fuera otra estrella más sobre su atalaya.

–¿Ves lo que yo? –preguntó, mientras entornaba los párpados para divisarlo con mayor nitidez–. Jamás había visto

nada semejante en magnitud y armonía. Sin duda, esos gigantes poseen la ciencia de la construcción y el arte de crear belleza.

Con enorme esfuerzo alcanzamos la fortaleza. Mime no dejaba de admirarla. Yo, sin embargo, una vez la contemplé por primera vez, no necesité volver a hacerlo. Entre juramentos me deshice del arnés y de la carga para secarme el sudor. Sobre un basamento de cinco escalones, se alzaba una columnata de fustes estriados y tan altos como el quíntuple de los gigantes puestos uno encima del otro, coronado por un friso adornado con relieves que sostenía un frontón triangular. Por detrás, en el centro de la edificación, se hallaba la cúpula.

Un vozarrón grave y cavernoso nos sorprendió.

—¿Sois los nibelungos?

—¡Pues claro que lo somos! ¿Acaso crees que cualquiera va a subir hasta aquí por capricho con esta carga de metal?

—Os esperábamos hace días —dijo uno, el que respondía al nombre de Fafner—. Nuestra construcción necesita con urgencia unos importantes refuerzos metálicos y no podíamos continuar el trabajo sin ellos. Nos habéis provocado un retraso que nos reportará graves consecuencias.

—¿A qué te refieres, gigante? Habla claro —le dije—. Odio a todo aquel que se anda con rodeos para decir cosas sencillas.

—Éste es el palacio de Wotan —respondió el otro—. Tenemos un plazo de entrega y el retraso en el que nos vemos por vuestra culpa puede provocar su ira.

Mime hizo ademán de mostrarse impresionado, pero se lo arrebaté del rostro con una mirada gélida.

—¿Wotan? ¿Ese farsante tuerto?

—No hables así del padre de los dioses —indicó Fasolt, en tono paternalista.

—¿Desde cuándo a un gigante le intimida un dios? —repliqué y, echando un nuevo vistazo a los materiales de gran

calidad que estaban empleando, añadí—. Wotan os pagará una fortuna por esto. Decidme: ¿a quién la robará?

—Eso no nos incumbe —respondió Fafner, que, sin duda, era el que poseía mayor autoridad—. Pero, puesto que queremos que se nos pague por nuestro trabajo, hemos de finalizarlo a tiempo.

—Ya sé a dónde quieres ir a parar, maldito... —musité.

—Marchaos de aquí, nibelungos. Vuestra presencia resulta molesta. Tomad el pago e idos. Volved con el siguiente cargamento al menguar la próxima luna. Y no os retraséis ni una jornada.

Fafner lanzó a los pies de Mime una pesada bolsa cargada de oro y le dio la espalda.

—¡Maldito gigante! —le grité.

En mis manos tenía la balanza en la que un peso falso delataba aparentemente que el pago era insuficiente. En realidad, la cantidad de oro que se nos entregaba era la estipulada.

—¡Paga en justicia o no subiremos el segundo cargamento!

—El pago es correcto. Es lo acordado —indicó Fasolt.

Alcé mi dedo índice, cerré un ojo y, bajando la voz, añadí:

—No volverás a verme por aquí. Ni a mí ni a ningún otro nibelungo. Vuestra obra quedará inconclusa, y no podrás ofrecerle al viejo Wotan excusas como si fueras un mortal vulgar.

Mime me seguía sin pronunciar palabra. Nos alejamos unos cuantos pasos y, al disponernos a emprender el descenso del peñasco, escuchamos de nuevo aquel vozarrón.

—¡Esperad!

Nos detuvimos sin darnos la vuelta. Apostaría un dedo de mi diestra a que entre ellos comentaron su terror a las maldiciones que puede conjurar un nibelungo. Nadie, en ninguno de los mundos, quisiera exponerse a una.

—¡Malditos seáis, nibelungos, seres rastreros, repugnantes, viles criaturas de las tinieblas!

Escuchamos el choque metálico de una nueva bolsa de oro contra la roca y supe que había vencido. Mime la recogió y, tras deleitarse con una nueva mirada al palacio, encaró definitivamente el sendero de vuelta.

En nuestro descenso hicimos tanta burla como quisimos de los gigantes, tan torpes en el negocio como desmesurados en estatura. Con la saca llena, reímos a su costa y, aunque ya podíamos considerarnos ricos, comenzamos a planear la manera de engañarlos también en el siguiente y último pago. Nos descolgamos libres de peso por el acantilado, y tras descender por collados, praderas y bosques, finalmente atravesamos el Rin.

Mime no dejaba de comentar la grandiosidad del palacio de los gigantes.

—¿Te has fijado en la delicadeza de los relieves? ¿Has reparado en la perfección de cada una de las columnas? ¿No te das cuenta del conjunto armónico que resulta de la inmensa cúpula que corona el edificio?

—Mime —lo interrumpí—, continúa tú. Voy a quedarme en el río hasta que anochezca. Te veré en el Nibelheim.

—Estás lo... lo... loco —tartamudeó—. No cuentes con que voy a esperarte aquí. Sabes que no me gu... gu... gusta la noche.

—Te he dicho que te vayas. No te necesito. A mí sí me gusta la oscuridad del exterior.

—¿Y si en la negrura no encuentras la grieta de entrada?

—¡Enano miedica! ¡Si no la encuentro esperaré a la mañana! ¿Dónde está el problema?

Tan pronto como lo perdí de vista me incliné sobre las aguas del Rin del modo en que lo había hecho por la mañana y traté de fijar la vista en lo profundo. Perdí el interés por la victoria ante los gigantes e incluso me olvidé de la ganancia económica de la jornada. Algo me pareció ver en un momento dado, pero nada con mediana nitidez. Quizás algún movi-

miento ondulado de lamprea, tal vez un barbo, lo suficiente para mantener mi atención hasta que la diosa del crepúsculo tiñó de rojo el cielo. Entonces, presa del cansancio del día, caí dormido.

Cuando desperté sobresaltado al ruido de una manada de caballos que se había aproximado a beber, volví a asomarme a las aguas. La oscuridad apenas me permitía vislumbrar mi propio reflejo, pero allí permanecí, víctima de una pulsión irreprimible, entregado a un instinto primitivo que me impedía alejarme para comer, ante el temor de que justo en ese lapso apareciera aquello que deseaba ver.

El alba iba a hallarme firme e impasible. Y fue antes de las primeras luces cuando otro sonido captó mi atención. Alguien cantaba a un centenar de pasos. Una voz femenina, clara y lírica, que entonaba graciosas aliteraciones.

—¡Corre y ríe, río rumoroso, raudo Rin! ¡Ruge! ¡Ruge, Rin!

Mi corazón experimentó un violento palpito. Forzando la vista hacia la fuente de aquella música, mis ojos de nibelungo, hechos a ver en la penumbra, vislumbraron la figura desnuda de una ondina, flotando sobre la corriente, tan hermosa, sugerente y sensual que comencé a arder de dentro afuera. A mi garganta no alcanzaban las palabras que deseaba gritar para hacer notar mi presencia. La acompañé unos pasos río abajo con su canto como preludeo al inminente amanecer y no tardé en decidir ir a buscarla a nado. Esa mujer tenía que ser para mí. Mi vida había sido demasiado larga sin haberla compartido con una compañera fiel. Construiría una cabaña fuera del Nibelheim para vivir los dos. No, mejor: una cabaña grande para albergar también a unos cuantos hijos que heredarían la fuerza de su padre y verían atenuada la fealdad de mi raza gracias a la sangre de aquella bella ondina.

Un asomo de duda en mi determinación me hizo cuestionarme si ella me aceptaría. Mis rasgos son desagradables.

Poseo una prominente nariz afilada, tan larga como mis dedos, una maraña de pelo indomable, verrugas, granos... ¿Cómo va a sentirse nadie atraído por un ser así? Con todo, pensé, quizás esa mujer sepa valorar otras virtudes, como la seguridad y la comodidad. Si le digo que soy propietario de grandes cantidades de oro, tal vez se convenza de que la riqueza es garante de protección. ¿Qué más puede desear una mujer?

Mi decisión estaba tomada y, justo un instante antes de zambullirme en el río, otra voz captó mi atención. Era tan pura como la primera y surtía de la garganta de una nueva ondina que mostraba su desnudez sobre una roca en mitad de la corriente.

–Woglinde, ¿es así como realizas tu guardia, cantando y jugando despreocupada?

En lugar de saltar me quedé inmóvil, consciente de que no se habían apercebido de mi presencia. La primera ondina respondió:

–Pues si te quedas conmigo, Wellgunde, con la luna seremos tres. ¡Ja, ja, ja!

–¡Serás desvergonzada! ¡Deberías estar más atenta a tu cometido! ¡Como te atrape! ¡Ja, ja, ja!

La tal Wellgunde saltó de su roca entre alegres carcajadas y ambas comenzaron a jugar entre sí. La una perseguía a la otra, se sumergían, volvían a mostrarse en la superficie, todo entre abrazos y unas risas encantadoras que multiplicaron mi fuego. Para mi deleite, una tercera ondina surgió de las profundidades con aspecto severo.

–¡Oh, mira, hermana! Flosshilde ha venido a reñirnos.

–¿No nos castigarás, verdad, Flosshilde? –dijo una con un mohín zalamero.

–¿Así os divertís? –las reprendió la tercera, ya en pie sobre la orilla–. ¿Y puede saberse quién vigila el oro mientras tanto?

–El oro está a salvo, bien lo sabes –respondió Woglinde–. ¿A que sí, Wellgunde? ¡Ja, ja, ja!

Ambas reemprendieron su juego, pero desaparecieron bajo el agua. Tan sólo la figura de la tercera ondina, Flosshilde, la más bella de las tres, quedaba totalmente a la vista. El calor me consumía cuerpo y cabeza ante semejante visión y, en especial, ante la posibilidad de hacer mía a alguna de ellas. Ni siquiera había caído en la cuenta de que allí se había pronunciado la palabra «oro».

–¡Ni se os ocurra cogerme! –gritó esta última–. ¡Woglinde! ¡Wellgunde! ¡No quiero bromas, que os conozco!

En ese momento, se abalanzaron sobre su hermana saltando desde el interior del río hacia la superficie. Las tres resultaban arrebatadoras en sus adorables carantoñas y sus vivos volatines, nuevamente en el río. No podía resistir más la tentación. O me lanzaba a por ellas o me volvía loco.

Comenzaba a clarear.

–¡Os saludo, ondinas! –El agua en la boca casi me impedía balbucir mientras nadaba con torpeza.

–¿Quién nada ahí? –exclamaron.

–Soy Alberich, el nibelungo.

–¿Un nibelungo? ¿En el agua?

–¿Te has caído?

–¿Te estás ahogando?

–Sólo me estoy ahogando de amor desde que os he visto –les dije.

–¡Oh, qué ser tan delicado! –apuntó una con voz cariñosa.

–¡Un nibelungo enamorado! ¿No es una delicia?

–Ven, acércate a mí –dijeron los carnosos labios de Woglinde.

Esas palabras entraron en mis oídos con una suavidad que desconocía y calaron en mi alma con el sentimiento de la bondad y el amor, cosas cuya existencia jamás había siquiera

sospechado. La luz se hizo para mí en aquel punto en mitad del Rin.

Las otras dos ondinas se hicieron a un lado, desapareciendo de mi vista.

–Sois las criaturas más hermosas que he visto jamás. Deja que te toque. No te haré daño. Te acariciaré con cuidado.

–Me gusta que me acaricien –dijo ella–. Ven, ven. Nada hasta aquí. Un poco más. Cógeme en tus firmes brazos de ni-belungo.

¡Qué felicidad la mía! ¡Tanta belleza a mi alcance y a mi disposición! Nadé con dificultad, tragando agua a cada brazada, bregando a duras penas contra la corriente en un cuadro que, por necesidad, había de resultar más que ridículo. Woglinde parecía acercarse en su ágil movimiento acuático para facilitarme las cosas.

–Toma esta rama –dijo–. Agárrala bien. Así. Ahora sube a esta roca conmigo. Es estrecha, pero nos sentaremos a gusto los dos.

Puse todos mis sentidos y mi esfuerzo en hacer lo que con tanta amabilidad y cuidado me indicaba. A pesar de mis chapoteos anárquicos y de no poder mantener la cabeza fuera del agua más de un instante cada vez, me veía en la antesala del mejor de los mundos posibles. En unos segundos tendría aquella ondina en mis brazos. Tomé la flexible rama que ella me ofrecía y, al tratar de encaramarme en el saliente de roca de la superficie, la muy pérfida la soltó, dejándome caer a peso vencido de nuevo a la corriente.

–¡Ja, ja, ja!

¡Cómo rio aquella cruel criatura! No pude asimilar tal despecho, pues al instante escuché a Wellgunde, que me dijo:

–¡No le hagas caso! ¡Mi hermana es malvada, fatua y no es capaz de amar a un ser noble como tú!

Me ofreció su sonrisa.

–Olvídala y ven conmigo.

–¿Estás segura? –pregunté.

–Lo estoy.

–Eres aún más encantadora. Te abrazaría con ternura.

–Ven, acércate. Sé que te cuesta nadar, pero yo te sostendré contra la corriente.

Luché de nuevo contra el elemento líquido.

–¿Estás enamorado o sólo eres presa del deseo? –me preguntó.

–Creo que ambas. ¿Cuál es la diferencia?

Logré mantener los oídos fuera del agua lo suficiente para escuchar su voz melodiosa.

–Si estás verdaderamente enamorado, lo admites todo del ser al que amas; si, por el contrario, sólo respondes al apetito de la pasión, un solo defecto en el objeto de tu deseo puede hacer que éste desaparezca.

–En mi... caso... –pude, a duras penas, articular entre buches forzosos–, estoy... enamorado..., pues no veo... defecto ni... guno en ti.

–Deja que yo te contemple para confirmarte mi amor –declaró ella–. Ahora que te tengo cerca, ¡veo que eres feo y peludo, que tu suciedad no se limpiará en mil baños y que estás lleno de las verrugas e imperfecciones propias de tu raza! ¡Búscate a una que se parezca a ti! ¡Ja, ja, ja!

Con un liviano quiebro sorteó mi presencia y se zambulló. Su risa caló en mi corazón como agua de nieve. Mi estado de ánimo tornó a la cólera.

–¡No escaparás! ¡Te atraparé y serás mía!

Palabras vanas. Como criatura del agua, se desplazaba con soltura en el Rin, mientras que mis movimientos desmañados no daban más que para mantenerme a flote. La oí reír junto a su hermana. Asumí que la apariencia física de un ni-

belungo, por fuerza, ha de producir repugnancia a seres tan delicados como ellas.

–¿Y sólo por ser feo merezco tanto desprecio? –grité desesperado–. ¿No soy digno de amar?

Alcancé, finalmente, la orilla y allí me senté, a remover con mis pies la pecina. Respiré hondo y rumié mi cólera en silencio.

Algo rozó mi mano.

–No pensé que un nibelungo pudiera caer en el desánimo por culpa de dos ondinas tontas y caprichosas.

Se trataba de Flosshilde, la tercera de las hijas del Rin. Ella hablaba con voz calmada, despojada de ese espíritu burión de sus hermanas. Era, sin duda, más madura y reflexiva. Lo vi claro al notar que tomaba mi mano entre las suyas con delicadeza.

–También yo he vivido la soledad demasiado tiempo. Como tú. Quizá, más allá de nuestras diferencias físicas, somos más parecidos de lo que imaginamos.

–No te creo, ondina –dije, tratando de aparentar calma, cuando, en realidad, el fuego incontrolable de un volcán estaba a punto de explotar en mi interior–. Apártate de mí o te arrepentirás.

Para mi sorpresa, en lugar de tomar mis palabras como la amenaza que eran, hizo rozar su cuerpo con el mío y entrelazó nuestros dedos.

–Alberich, el nibelungo. Soy Flosshilde, hija del río de la vida. Contémplame como yo te miro. ¿Tú crees que mis ojos mienten? ¿Acaso no ves en ellos la tristeza de no haber encontrado el amor en cientos de años? El amor me fue vetado al ser creada para vivir siempre en las aguas sonoras.

–¿Me engañas tú también?

–Jamás he engañado a un varón, porque nunca he estado con uno. Hasta que apareciste ayer. Te vi bebiendo y no

quise salir a la superficie. No eres hermoso, eso es innegable. Lo sabes bien. Te permití verme bajo el agua y pensé que sólo si regresabas con intenciones sinceras me entregaría a ti. Si dejas de lado tu cólera por la burla de mis hermanas, yo te sería fiel.

Deseaba hacerla mía en ese instante, de grado o por fuerza.

–Ven al agua, donde no puedan vernos, y abrázame.

–Sin duda, eres más inteligente y sería que las otras. Eso hace que no se te puedan comparar en belleza.

Se deslizó con la suavidad de un reptil hasta que el agua la cubrió por encima del pecho. Me ofreció su brazo, que fui a asir con torpeza al zambullirme. La corriente era más fuerte y apenas podía luchar contra ella. Flosshilde me sujetaba con seguridad. Me dejé llevar hasta el centro del río y entonces escuché las risas de las hermanas.

–¡Pobre enano! –rio entonces mi última ondina al soltarme–. Cada una de las hijas del Rin te ha engañado de manera más humillante que la anterior.

–¡Ja, ja, ja! –rieron juntas sin parar.

La corriente me arrastró y sus carcajadas pasaron a sustituir el sentido de mi fuego interno por un odio tan atroz como puede sentir un nibelungo. Gané la orilla una vez más dispuesto a alejarme de allí y matar al primer ser con el que me encontrase. Semejante cadena de humillaciones no podía provocar en mí otra cosa que no fuese una espantosa cólera.

–¿No quieres seguir jugando, nibelungo?

–Nos estamos divirtiendo. Venga, persígueme otra vez.

–Esta vez dejaremos que nos toques.

–¡Ja, ja, ja!

En ese momento, el primer rayo de sol penetró en el Rin. Escupí al río y le volví la espalda, dispuesto a retirarme a mis tinieblas.

Pero una chispa de luz en mi mente me hizo procesar algo que acababa de ver en lo profundo. En lugar de marcharme inmediatamente, permanecí para escuchar a las ondinas.

–Mirad, hermanas: el sol naciente hace sonreír a las profundidades.

–Como el amado sonríe al despertar con su amada, así es el primer brillo del que duerme bajo las aguas.

–Con qué suavidad, con cuánto amor comienza a brillar cuando el sol le besa los párpados.

Un dorado haz de luminosidad acuosa era el objeto de adoración de las pérfidas ondinas. Traté en vano de enfocar la mirada al fondo del río. Por mucho que me esforzase, no diferenciaba formas ni posible materia tangible. Se trataba de un foco lumínico determinado pero inconcreto que, desde un lugar bajo el agua, la teñía del color del sol.

–¡Rocas redondeadas del río! –cantaron a coro con armonías claras–. ¡Romped el brillo del oro, el ramo de rosas del Rin! ¡Oro del Rin! ¡Oro del Rin!

Con el escozor aún bien vivo por la afrenta recibida, interrumpí sus entonaciones sin ninguna consideración:

–¡Decidme, viperinas criaturas! ¿Qué es eso que brilla? ¿A qué dedicáis vuestros cantos de adoración?

Sus musicales aliteraciones, en efecto, se vieron truncadas por mi inoportuna interpelación. Una de ellas se dirigió a mí.

–¿Aún estás ahí? ¿No te has ido?

–Antes me dejaría matar que malgastar una sola oportunidad de vengarme de vosotras.

Mis palabras, que yo creía amenazadoras y terribles, provocaron de nuevo sus carcajadas.

–¡Enano malvado, lascivo y perverso! ¡Márchate de aquí y no vuelvas, si no te quieres derretir con tu propio fuego!

Las odié como jamás había hecho, pues en eso tenían razón. El fuego del deseo, el del odio y el de la venganza forjaban en mí su triple efecto autodestructor. Tomé una piedra grande como mi mano y la lancé con fuerza a una de ellas, que pudo esquivarla sólo en el último momento. Antes de que pudiese quejarse de mi maldad, ya estaba yo arrojando otra, y luego otra más, pero no fui más certero, principalmente porque ellas ya se hallaban alerta y habían procedido a alejarse hacia el centro del río.

–¡Maldito seas, nibelungo cruel!

–¡Podías haber hecho mucho daño a nuestra hermana!

–¡Responded, entonces! –conminé–. ¿De dónde procede ese brillo dorado?

Woglinde, que era siempre la primera en hablar, tomó la palabra, aunque sin acercarse, pues seguro que ya no se sentía a salvo después de haber comprobado mi puntería en el lanzamiento de piedras.

–¿Es que no conoces el oro del Rin?

–¿El oro del Rin?

Mi visceral cólera se aplacó de súbito, cediendo al imperio del raciocinio, del que todo mi organismo se revistió al instante.

–Enano despreciable –retomó Wellgunde–. ¡No conoces la estrella de las profundidades! Ahí la tienes: inaccesible para tí, disfruta de su brillo, porque jamás la verás más cerca que ahora.

El fulgor era ciertamente soberbio. Como si el sol hubiera hallado un hijo pequeño bajo las aguas, como si los tesoros del mundo manasen por aquel punto determinado, así brillaba aquel elemento divino. Con el fin de incidir en mi tormento, Woglinde continuó:

–He ahí, nibelungo, el oro del Rin, el más hermoso tesoro del mundo. El que nadie ha tocado y al que nadie accederá jamás. Así está escrito y así será.

Eran hermosas las ondinas, pero no inteligentes. Hay ocasiones en que la naturaleza dispone la confrontación directa entre belleza y sagacidad. El escarnio al que me sometieron estaba a punto de intercambiar de emisor y de receptor. Un ser desprovisto de hermosura como yo estaba preparado para derrotar a las encantadoras hijas del Rin mediante el recurso del ardid dialéctico.

—¿Eso es todo? —pregunté simulando desprecio.

Mis sorprendidas contendientes respondieron indignadas:

—No sabes lo que dices, enano. Observa su belleza y experimenta el placer de nadar en aguas doradas.

—En mi gruta —repliqué con displicencia— cualquier hoguera posee mayor resplandor y cualquier metal al rojo ofrece tanto fulgor como ese oro vuestro.

—¡Lánzate a nadar con nosotras, ignorante! ¡Comprueba semejante deleite por ti mismo!

—De poco ha de servir ese oro —añadí para su desesperación—, si con él no se puede más que nadar en sus turbias aguas. ¡No me gusta nadar! Creo que eso os ha quedado claro. Tan sólo vosotras y los peces tenéis habilidad en ello. Estos últimos porque no saben hacer otra cosa y vosotras, ninfas perversas, porque vivís aquí prisioneras.

—¡Blasfemo, ignominioso! —me gritó Woglinde fuera de sí—. ¡Si tan sólo te fuera dado el conocer una parte de su poder, de la impresión perderías la mitad de tu asquerosa cabellera!

Al oír estas palabras, Wellgunde no las consideró como la amenaza que en realidad pretendía escupirme su hermana, sino como una proposición incompleta que alguien debía finalizar. Su boca de mujer no pudo contenerse y expelió aquello que yo estaba deseando conocer. El resultado excedió mis expectativas.

–Aquel que tuviere éxito en el imposible trabajo de forjar un anillo con este oro, adquiriría tal poder sobre el mundo y las criaturas que lo pueblan que superaría el imperio de los mismos dioses.

–¡Callad, imprudentes! –ordenó Flosshilde, en un afán de imponer su autoridad.

Si esta tercera ondina hubiera permanecido en silencio, mi curiosidad no se habría disparado nunca de igual manera. Pero lo hizo, y con estas palabras que pronunció a continuación:

–La misión que nos encomendó nuestro padre fue la de guardar el oro con el mayor recelo. Nos advirtió claramente de que desconfiásemos de cualquier extranjero, pues la riqueza puede convertir en ladrón a cualquier caminante.

Concluí que dicho tesoro sumergido no era inamovible, sino que podía ser extraído. En principio, se trataba de una simple masa que reposaba sobre rocas, a salvo del fango, y cuya extracción no parecía una misión imposible.

Ellas no concebían ningún peligro en mi presencia, pues no daban crédito a la posibilidad de que fuesen mis propias manos las que robaran el metal milenario.

–Tranquila, Flosshilde –indicó Woglinde–. Has podido experimentar la naturaleza compulsiva del enano, y sabes bien que nadie como él podría arrebatarnos nuestro tesoro.

Quiso aquella pizpireta ninfa perseverar en sus alegres cabriolas fluviales invitando a Wellgunde a su danza. Pero esta última, con un hieratismo inesperado para mí, alzó su cuerpo en majestad hasta quedar al descubierto totalmente de cintura arriba y proclamó solemne, levantando el índice de su mano derecha:

–La advertencia de nuestro padre fue clara. Únicamente aquel que renuncie al amor poseerá el don que le permitirá forjar su anillo con el oro.